

Augusto d'Halmar.

## Un zeppelin en el puerto

... Un ámbito espacioso, aunque bajo de techo, al que se descendía desde la calle por unos cuantos peldaños. Lleno de pilastras y de recovecos y sin ningún espejo, resultaba imposible abarcarlo desde cualquier ángulo, lo cual hacía pensar en la mezquita de Córdoba. Su decorado de cuadros con incrustaciones en reluciente chatarra: un mono con gafas, un elefante en calzón de baño, una jirafa tocando los platillos, un león tocando el acordeón, se completaba con marcos, doseles y festones del mismo metal dorado. No venían a ser sino láminas agujereadas para moldear tapones de cerveza; pero su calado, formando rosetas, cornisas y capiteles, le daba no sé qué de pagoda chinesca. Y la ornamentación, enriquecida con anchas hojas de palmera en latón pintado, se completaba con la iluminación empanallada en barriletes de papel, en estrellas de ocho puntas, en bonetes cónicos de payaso, y pavonado y mate corría su reguero a todo lo largo de los muros, y en torno del tabladillo de la orquesta.

Los marineros son como niños grandes y de por sí

exóticos. Han visto relumbrar cosas raras y salvajes y hay que imantarles con cosas salvajes y raras... Esta debía de haber sido la composición de lugar de quién así imaginó componer ése y lo denominó, ¡quien sabe por qué! el «Graf Zeppelin». Era un hombretón con cara infantil él mismo y seguramente sin sus mofletes y su corpulencia un tanto ingenua, no hubiera conseguido sacar adelante su cabaret y arruinar a los competidores. Otros dos semejantes habían tenido que cerrar sus puertas en sus proximidades, mientras el suyo rebosaba clientela. Otros dos, uno más antiguo que el «Zeppelin», otro más nuevo, vegetaban y languidecían.

Yo concurría a él a menudo, aunque algún contra-maestre de la armada, se extrañara al reconocirme. Grato me era ese ambiente primitivo y cándido, dígame lo que se diga, donde se mostraban al desnudo los deseos y se hacían a la vista las transacciones de los sentidos y del corazón. Las mujeres no fingían amor, sino que realmente se enamoraban por una noche o unas noches, de esos novios prontos a partir y a no regresar. Y ellos, que habían olvidado sus amores de otras partes, sinceramente se entregaban en cuerpo y alma a sus conquistas de Valparaíso.

Porque esto pasaba en el puerto viejo donde transcurrió mi infancia, medio en el bajo puerto, medio en los cerros; con bares semisubterráneos: el «Transvaal», el «Dover», el «Peter Peter», y tiendas con sugestivos rótulos: «Al Lobo de Mar», «Al Gremio Marino», «Paquetería la Rosa de los Vientos», «Reloje-

ría Marítima», «Dulcería la Isla de Coral», «Frutería del Papagallo Tricolor», «Cocinería de la Dársena».

Cuando me sentía desterrado en mi propia tierra, de cuyas costas me alejé años de años, yo bajaba al puerto y mezclábame con la gente de mar, desde los malecones y el embarcadero, pasando por una plaza que convoca a los enganchadores y los enganchados de toda suerte, hasta esos bailes populares ya con relente a sentina y donde yo me trascordaba donde estaba. Su trepidación, su música desaforada, sus interjecciones a la vez políglotas y universales, me hacían creerme a bordo de quién sabe qué barco, rumbo a quién sabe qué parte. Ya podían extrañarse, pues, los contramaestres a medios pelos, que a quien llaman en Chile y otras latitudes «Almirante del Buque Fantasma», fraternizara con las tripulaciones en ruptura de bando y trinçara su vaso indistintamente con una moza de partido, con un forastero desambientado, o un intermitente parroquiano, o con un grumete novicio, al cual se le habían subido a la cabeza el mosto y el mar.

Cuantos acudían como yo, entre dos cruceros, habían concluído por familiarizarse conmigo y me explicaban al pormenor sus peripecias y sus proyectos, codo con codo en el mismo mostrador. A veces me mostraban baratijas traídas de doquiera; a las veces rememorábamos juntos algún punto del orbe, por donde yo también había pasado, un restaurante, una taberna, una casa de dormir, allá en las antípodas, alguna calle de Shanghai, un zoco de Esmirna, una prostituta de Djibuti. Remi-

niscencia que casi uno creía haber soñado y que otro acababa de soñar también. ¿Estaba siquiera cierto de hallarse en carne y hueso y no imaginariamente por un desdoblamiento en este o en otro fondeadero cualquiera? Quienes hemos navegado mucho perdemos un poco esa noción de la realidad, que da tanta consistencia a las gentes de tierra y las hace tan aburridas.

Nosotros, y puedo pluralizar, no resultamos nunca monótonos, precisamente porque le damos tanta variedad como poca importancia a eso para otros tan serio, que llaman «vivir». Acaso todos los días se parecen; pero, como vivimos al día, no lo notamos y cada uno nos parece único y así hasta el último, que vendrá sin saberlo.

Esa noche la batahola había subido de punto en el «Zeppelin», porque a mí se me había ocurrido sugerirle al dueño la diabólica idea de que se bailara la zamacueca. Generalmente ataca la murga motivos de «jazz-band» y rumbas o tangos; a lo sumo un fox-trot que hace retemblar el maderamen como un entrepuente sacudido por una tempestad deshecha; pero siempre son bailes «agarraos» según la definición española, donde se entrelazan las parejas estrechamente, y ahora se trataba del despego y el despejo de nuestra danza nacional, con algo de muñeira y de sardana y algo de jota, en que cada cual capea y campea por sus respetos. Los músicos se concertaron rápidamente y, sin ponerse de acuerdo, veinte parejas, pañuelo en mano, echáronse al ruedo y otras veinte las incrementaron, hasta dificultar

sus evoluciones y sus giros y hasta impedir concentrar la atención en ninguna, desvanecidos por el vértigo del voltejeo simultáneo y unánime.

Una mujer, instalada con un marinero, en la mesa vecina a la mía, trató de arrastrarle sin conseguirlo. Era una criolla morocha con grandes ojos y facciones y formas abultadas pero apetitosas. Sus maneras provocativas y chabacanas producían una impresión de animalidad primitiva, algo a la vez atractivo y repulsivo. Y en este caso, su compañero se le resistió y ella acabó por dejarle, airada y pesarosa, yéndose a buscar otra pareja para el baile.

El ya había atraído mi atención, porque desde hacía rato me examinaba a hurtadillas, con intenciones que yo no conseguía discernir; pero apenas se quedó solo, se volvió rápidamente hacia mí y me abordó sin preámbulo.

—¿Usted debe saber el inglés?—me dijo, considerándome cejijunto.

—¿En qué puedo servirle?—soslayé con tino.

Entonces él giró en redondo en su asiento y se quedó frente por frente mío. Una sonrisa un tanto triste suavizaba su entrecejo.

—Llevo desde hace semanas una carta, una carta con un retrato. Y no logro descifrar sino una que otra palabra. ¿Querría usted traducírmela?

—Venga—asentí.

—Hay que aprovechar antes que vuelva—advirtió, con un vago ademán hacia el barullo de la sala.

Rosa es celosa y no me gusta darle motivos, porque la quiero. Hace esta vida y, sin embargo, me corresponde y prefiere a todos. Habrá que terminar por casarse.

Lo admitía, entre resignado y convencido, como un mal que fuera remedio. Un fatalismo de raza, parecía privarle de toda iniciativa y entregarlo atado de cabeza y corazón a su suerte. Yo experimenté cierto menosprecio mezclado de repugnancia.

—Venga la carta—insistí.

La extrajo del pecho, como las mujeres, y arrastró consigo una medalla empañada, que, avergonzado, volvió a su sitio.

—Es de Auckland—anticipó—de una amiga de Nueva Zelandia.

Aun no se decidía a confiármela, ajada y marchita por el roce, en un sobre doblado en cuatro dobleces. Y cuando de él la sacó, dejó en el fondo una pobre fotografía, como de carnet, apenas si entrevista.

Desplegué la esquila, escrita con esa igualitaria letra inglesa, que lo mismo puede ser de una doncella, aristocrática, que de una de servir, escritura con muchos perfiles y sin ninguno para un grafólogo. Tenía fecha atrasada de dos meses:

«Auckland, 16 de octubre.

«Mi tan querido Carlín:

«Esta va un poco a ciegas, puesto que la última tuya data de un semestre. Te llegará, según calculo, en los alrededores de Pascua y te las deseo felices y que el nuevo año nos reuna aquí o allá.

«Digo allá, porque no veo claro que puedas volver por estos mundos, y estamos tan lejos y la ausencia nos va separando más: Cuando te fuiste, hace dos años, yo no creí pudiera resistir tanto tiempo sin verte. Es terrible que la vida se pase así, cada uno por su lado, como dos tomos truncos. Esto se me ha ocurrido, por la novela cuyas láminas hojeamos juntos. Después se me ha extraviado una parte y ya no sirve para nada la otra, lo mismo que yo sin ti y que tú sin mí, me figuro.

«Así, hay que tratar de juntarse y debe ser este año a más tardar, mi hermoso chileno. No he vuelto a mirar a un hombre. Ninguno me gusta cuando pienso lo fino que eres y lo distinto a los demás».

Yo leía en voz casi alta, para dominar el tumulto del local; pero mi propio interlocutor me oía con dificultad. Se había echado la gorra a los ojos y, con los codos sobre la mesa y la cara en las manos puestas detrás de las orejas, seguía el movimiento de mis labios y levemente removía los suyos, sin atreverse a pestañear. La expresión de sus ojos había cambiado, y cuando me detuve y lo miré, ya no me pareció tan inadecuada la frase «lo fino que eres». Una sonrisa distinta atenuaba su vulgaridad y conseguía ennoblecerle. Sus dientes espejeaban casi tanto como sus pupilas, con una salud y una juventud envidiables.

«... Y lo distinto a los demás»—reanudé.

El dió un golpe sobre la mesa y me interrumpió a su vez:

—Y tiene razón, porque para ella fui otro. En fin, prosiga usted, y perdone la demora.

«Yo no puedo, tal vez, hacerme con lo que gano, de lo necesario para un viaje. Tampoco consentiría que me ayudaras. Y dicen que la travesía es costosa por lo larga. Lo que más me preocupa es que me enseñes cómo puede hacerse. Aquí nadie podría decírmelo y tampoco querría preguntarlo. ¿Cómo se va a tu puerto en el Gran Océano cerca del Polo Sur, desde éste junto a las Islas Antípodas? Yo me vuelvo loca tratando de comprenderlo en el mapita que me dejaste; sin embargo, nada impedirá que dé contigo, mi tan querido Carlín, sea este año, sea el venidero, sea en diez más. Como no vivo, no envejezco y volverás a verme la misma».

—Mire usted su retrato—intercaló él febrilmente, sacando el sobre de la blusa y la foto del sobre.

Una persona como extasiada, con ojos que miraban su ensueño, eso era lo que una mala instantánea reproducía. El debía de verla en su memoria, mucho más imprecisa y más exacta, con ese no sé qué inaprensible en una fotografía.

—Vuelva a dispensarme y termine usted, por favor. Ella dice las cosas como las siente y yo las siento como ella las dice, porque logra expresarse. Yo soy el que no lo consigo. ¡Es esta vida la que me vuelve tan torpe!

«Lo que no me explico es que no me escribas; pero nunca se me ocurre dudar de ti, porque tanto daría dudar que te quiero. Estas cosas no se mandan. Ni tú



ni yo podríamos hacer nada, ni nada tenemos que ver en ello. Hemos nacido para no separarnos, y eso es todo».

—¿Dice algo más?—me urgió el marinero, con impaciencia. Ya va a concluir el tercer pie de la cueca y ella va a volver. ¿Por qué no sabré yo lo que dice?

—Hay recuerdos y besos y lágrimas y esperanzas y promesas—resumí, viendo que el tiempo apremiaba y que ya no se podía seguir leyendo palabra por palabra. «Yo nunca diré adiós, sino siempre hasta la vista», termina. Tenga usted la carta.

La guardó con devoción y volvió a sonreírme, con agradecimiento.

—No se la merece—constaté, convencido.

—¿Usted cree?—Su tono era zumbón.—Pregúnteselo a ella. A nadie volverá a querer como a mí.

—Entretanto, usted...

No alcancé a concluir, sin que estuviese encima de nosotros, aún jadeando, oliendo a sudor por la danza, la hembra de antes. Nos examinó procazmente y luego hizo dar media vuelta a su amigo y se instaló a su lado, volviéndome las espaldas.

—Oyes, Carlos—oí que le decía, sin tratar de que yo no la oyese.—Lo único que no te perdonaría es que te echaras un compadrazgo entre estos señores, que vienen aquí más que por divertirse con ustedes, para reírse de nosotras. Pide otro trago y vámonos a hacer las paces.

El no se atrevió ni siquiera a desagraviarme de esa

provocación injusta. Alzó los brazos y los vasos y brindó con la mujer, que se le había echado al cuello, y que sin enjugarse, lo besó a boca llena, haciendo crujir la carta escondida en su pecho. Después se levantaron sin desasirse y, abrazados se encaminaron a la salida.

Pero cuando la hubo dejado pasar adelante, él retuvo el batiente de la mampara y, con la mano libre, me hizo una seña de despedida, que lo mismo podía ser de hasta la vista, que de adiós.

Valparaíso, 29 de enero de 1936.